

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 421.

MADRID 29 DE MARZO DE 1844.

Segunda serie



LA PIEL DE ZAPA.

SEGUNDA PARTE.

XXII.

Estas palabras produjeron en mi alma cierta especie de embriaguez: mis celos temían ya lo pasado. Trémulo de gozo volví precipitadamente al salón, donde había dejado á la condesa y la hallé en el gabinete gótico. Me detuvo con una sonrisa: hizo que me sentase á su lado, me preguntó acerca de mis trabajos y pareció interesarse vivamente por mi cuando en vez de encomiar con pomposo lenguaje mi descubrimiento, traduje mi sistema en bufonadas.

La hice reír mucho cuando la dije que la voluntad humana era una fuerza material semejante al vapor, y que en el mundo moral nada había que resistiese á ese poder cuando un hombre se acostumbraba á reconcentrarle, á manejarlo en su totalidad, á dirigir constantemente sobre las demás almas la proyección de aquella masa fluida, y podía modificarlo todo á su antojo relativamente al hombre y aun á ciertas leyes de la naturaleza.

Me presentó varias objeciones por las que comprendí la delicadeza de su talento. Me divertí maliciosamente endarle la razón por algunos momentos para lisonjearla; mas destruí todos sus raciocinios de muger con una sola palabra ó haciendo que fijase su atención en un hecho frecuente en la vida, vulgar en la apariencia, pero en el fondo lleno de problemas insolubles para el sabio.

Escité su curiosidad, y hasta permaneció silenciosa por un instante cuando la dije que nuestras ideas eran seres organizados, completos, vivos en un mundo invisible á nuestras miradas, sin que por eso dejasen de influir en nuestros destinos presentándola como prueba las ideas de Descartes, de Napoleon, de Diderot, que habían guiado y aun guiaban todo un siglo.

Tuve el honor de distraerla. Se separó de mi invitándome á que la visitara. Hablando en estilo de corte me admitió en su gracia.

Sea que tomase yo según mi loable costumbre fórmulas de urbanidad por sentidas palabras: sea que me creyese destinado á alcanzar en breve ínclita fama, ó que aspirase á aumentar su reunión de hombres de letras, me lisonjé de haber logrado sus simpatías.

Llamando en mi auxilio todos mis conocimientos fisiológicos y mis estudios anteriores acerca de la muger, consagré el resto de la noche al más minucioso examen de su persona y de sus modales.

Escondido tras la colgadura de uno de los balcones, la vi yendo y viniendo, sentándose y hablando ó llamando á un hombre, dirigiéndole preguntas y apoyándose en el dintel de una puerta. Reconocí en su modo de andar cierto garbo, tan graciosa ondulación en sus ropas, que hube de mostrarme incrédulo en lo relativo á su virtud. Si Fedora desconocía entonces el amor debía haber sido anteriormente apasionadísima. Había voluptuosidad hasta en el modo de colocarse delante de su interlocutor, sosteniéndose con coquetería como una muger en actitud de huir ó de desmayarse, exhalaba dulces sentimientos, con los brazos muellemente cruzados y como si respirase las palabras á que prestaba benévolo oído.

Mostrábanse risueños sus frescos labios de carmin sobre su tez de radiante blancura. Sus negros cabellos se armonizaban de un modo extraño con sus garzos ojos, teñidos de venas como una piedra de Florencia, y cuya expresión parecía añadir más finura á sus palabras. Era su talle seductor por su esveltez y donosura. Una rival acaso hubiera acusado de dureza sus espesas cejas, que parecían juntarse una con otra, y reparado en el imperceptible bozo que adornaba los contornos de su semblante.

En suma, hallé grabada la pasión en todas sus facciones, escrito el amor en sus italianas pupilas, en su hermosa espalda, digna de la Venus de Milo, en su labio superior ligeramente sombreado. En el rostro de aquella muger se leía toda una novela.

Es verdad que aquellas galas femeniles, aquel armonioso conjunto de líneas, las promesas amorosas que se adivinaban en aquella estructura, tenían por contrapeso constante reserva, modestia suma que contrastaban con la expresión de toda su persona, se necesitaba una observación tan sagaz como la mía para descubrir en aquella naturaleza señales de voluptuosos destinos.

Para explicar más claramente mi idea diré que se veían en Fedora dos mugeres, separadas tal vez por el busto: una era fría, solo la cabeza aparecía apasionada. Antes de fijar sus ojos en una persona preparaba su mirada como si pasase alguna cosa misteriosa en el seno de su alma: ó hubiera parecido como atacada de una convulsión, mas sus ojos brillaban fúlgidos y hechiceros. En fin, ó mi ciencia era incompleta y aun tenía que descubrir muchos secretos en el mundo moral, ó la condesa estaba dotada de un alma excelente, cuyos sentimientos y emanaciones comunicaban á su fisonomía ese encanto que nos subyuga, nos fascina, ese ascendiente moral en su esencia y tanto más poderoso cuanto que se armoniza con las simpatías del deseo.

(Continuará.)



REVISTA DE TEATROS.

De la «Moda» periódico de Cádiz, tomamos lo siguiente:

PRIMER CONCIERTO A LA PROMENADE.

Por mas que nosotros hayamos protestado en sazón oportuna acerca del derecho de naturaleza que ha querido concederse al exótico nombre de estos conciertos, ello es que no hay arbitrio de llamarlos de otro modo, puesto que el anuncio está terminante en esas esquinas, y lo que es mas todavía, puesto que la palabreja ha caído en gracia tal vez por no ser de por acá. No hay pues medio hábil entre que no nos entiendan y entre decir las cosas en castellano; por lo mismo echemos el pecho al agua y hablemos en gringo resueltamente, dejando á un lado mongiles escrúpulos de idioma.

Sabido es que los conciertos á la Promenade tuvieron el año anterior un éxito colosal; pero sabido es asi mismo que la concurrencia fué gradualmente en aumento hasta salirse de madre en el último rebosando por las gradas arriba como el chocolate sobre el fuego. Nuestro primer concierto de esta cuaresma ha seguido siendo una nueva edicion en este punto, de los de la pasada. Todavía humilde riachuelo promete ser no obstante tan caudaloso como el mismísimo Guadalquivir tan luego como vaya recogiendo nuevas aguas.

No se entienda por eso, cuando de tal lo calificamos, que la reunion haya sido escasa; y tanto menos pudiera decirse tal cuanto no ha sido la última temporada lírica nada á propósito para habernos acostumbrado á malas mañas; pero si se compara la entrada del Domingo con las postreras de los pasados conciertos, aun queda mucho que desear y que esperar, si bien esta esperanza casi puede elevarse al grado de completa certidumbre á poco que semejante diversion se amenice mas y mas con los talentos de algunas señoritas aficionadas que tantos y tan merecidos aplausos obtuvieron entonces y que son harto amables para no negarnos hoy el placer de repetirlos. Ciertamente es que circunstancias imprevistas han alejado de este país á varias de ellas; pero quedales suficientes para sostener su gloria filarmónica, y quizá su ejemplo sea poderoso á hacer que otras distinguidas alumnas de la armoniosa Euterpe se presten á embellecer estos deliciosos ratos con nueva y esquisita variedad.

La numerosa y brillante orquesta de profesores y aficionados dirigida con singular acierto por el señor Martin, maestro de la anterior compañía lírica, alcanzó unánimes y justos aplausos en la ejecución de la obertura de «La Gazza ladra» en la de «La zampa de Herold» y en las demas piezas instrumentales. Superior á todo encarecimiento estuvo el señor Romero en las difíciles variaciones de clarinete, y abundantísimos bravos y palmadas nos hicieron interrumpir al distinguido profesor, quien tuvo que presentarse de nuevo para corresponder al justo entusiasmo del público. La señora Campos hizo muestra de su bella voz y de sus excelentes dotes artísticas en el aria de «Sancha de Castilla» y en el duo de «L' último giorno de Pompei» cantado con el señor Lej, quien por su parte obtuvo igual aplauso en su aria del «Pirata». Ambos cantantes lograron un éxito completo.

Réstanos solo decir algo acerca de una cosa que sin duda habrá de tener su importancia en esta diversion, puesto que de ella se saca su nombre nada menos. Hablamos de la parte de «promenade» ó de paseo como diríamos en castellano.

Ahora bien, nadie ignora que en los pasados conciertos acostumbraban á pasear las señoras por el salón, aunque á veces solo fuera durante el intermedio, y nadie ignora tampoco que semejante costumbre dá á tan agradable reunion cierto carácter de culta franqueza barto laudable para sentir el que cayese en desuso. Nada hay en efecto mas monotonó que el estar invariablemente elevado cada cual en su sitio por largas horas, aun dejando aparte la molestia de tan inoportuna inmovilidad, y esto, sancionado ya por la costumbre de otras veces, está autorizado, además por el buen tono de las mejores reuniones de sociedad.

Lástima es por tanto que en el primer concierto nos hayan las damas abandonado el campo sin que una sola rompiese á bajar al salón. Verdad es que en esta sola ha estado el quid de la dificultad, puesto que á esa hubieran seguido muchas. Deseamos vivamente se renueve tan bello uso, porque á continuar inmovilidad semejante, en vez de llamarse aquello concierto á la Promenade debería mas bien tomar el nombre de concierto á la «estarse quieto.»

F. F. A.

Nuestro corresponsal de Granada nos dice lo siguiente:

El 19 se representó «Miguel y Cristina» en el teatro de esta capital y no estuvo la ejecución tan fria como otras noches. El señor Vico no desagradó, aunque no era su cuerda; pero le aconsejamos que no exagere tanto algunas gracias, porque solo en los tendidos causan risa. La señorita Corina fué aplaudida, y el señor Prieto no debe desanimarse; por el contrario, mostrar mas desembarazo en la escena, pues en Granada todos no podemos menos de elogiar su laboriosidad y desearle lauros.

VARIEDADES.

Habiendose agotado la edicion de nuestro número de antes de ayer, por el artículo inserto á la memoria de don Agustín Argüelles, nos vemos en la necesidad de reproducirlo hoy, para satisfacer á las muchas personas que se han presentado á pedirlo en el despacho de libros del editor don Ignacio Boix.

En la tarde del lunes fueron trasladados á la Sacramental de San Nicolas los últimos restos de DON AGUSTIN ARGUELLES. El hombre ilustre, el patricio insigne, el orador distinguido, el amante de la virtud, el generoso, el amigo de sus amigos; el hombre en fin, tan querido de todos y á quien tanto debe nuestra patria; despues de tantos afanes, de tantos riesgos, de tantas inquietudes, ha entregado su alma al criador. ¡Recíbala! que bien son dignos tantos merecimientos, de alcanzar la gloria eterna.

Consagrada la existencia de don Agustín Argüelles al servicio de su país, siempre fiel, siempre constante abrazó y sostuvo tan hermosa causa; ¡pocos en verdad, muy pocos podian levantar como él con orgullo la cabeza! y ¡pocos tambien, muy pocos, fueron tan mal pagados como él, siendo ultrajado en cambio con la mas infame villanía! ¡Que contraste tan terrible formó siempre el hombre del pueblo, con otros hombres de alcurnia esclarecida! Como ninguno trabajó Argüelles, por su patria y por su rey, y ¡vergüenza es recordarlo! Las persecuciones, los destierros, las cadenas, fueron la única recompensa á tan inmensos sacrificios; ¡pretendian sin duda que el tormento le haria confesar cual pecado, la opinion que estaba arraigada en el fondo de su alma! ¡cómo se engañaban! La constancia fue siempre el emblema de su vida, la pauta de todas sus acciones; tenia fe en sus creencias; habian nacido con él, y con él no podian menos de morir.

Argüelles desempeñó en los primeros años de su juventud, destinos de las alta importancia: los ha desempeñado constantemente mientras la libertad ha dado

señales de vida en nuestro suelo: no escaseó para ello ningun género de fatiga y sin embargo ni una banda adornaba su pecho, ni la mas eorta recompensa exigió jamás por esto ¡pobre y miserable vivió siempre! y ¡pobre y miserable, despues de ser tutor de S. M. le vemos descender al sepulcro! ¡Y en dónde? En la patria que tantas fortunas han salido de la nada.

Argüelles fué siempre desinteresado, sencillo, de ameno trato, franco en demasia y estas dotes, que eran su mejor adorno, resaltaban continuamente en cualquiera de las situaciones de su vida pública como privada: por eso le querian todos; por eso le respetaban, por eso le elegian continuamente para su representante, por eso en fin hasta sus mismos enemigos políticos, dando tregua á las pasiones, al paso que en política le deprimian, hacian justicia á su probidad y á las altas cualidades que nacidas en el fondo del alma se reflejaban en su semblante.

Este hombre tan dignamente célebre en el parlamento; este hombre á cuyos buenos recuerdos la historia consagrará algun dia una de sus hermosas páginas; este hombre á quien la calumnia hirió en tantas ocasiones, ha recibido despues de su muerte el debido homenaje, el digno tributo, á que en esta vida de miseria, se hecen acreedoras las almas grandes. Sin ningun género de aviso, sin escitacion alguna y cuando el pueblo de Madrid, acababa de dar muestras de regocijo á una grandeza; se ha presentado, como por un sentimiento natural y espontáneo, cuanto de escogido y honrado en él se encuentra, con el noble objeto de acompañar hoy á la última morada, el cadáver del que era su mas firme defensor ayer. ¡Nunca se ha conocido tan numerosa, ni tan notable concurrencia! ¡Nunca tampoco ha sido mas digna la ofrenda de un gran pueblo, á quien todo lo sacrificó por él! El honor y la virtud, estas dos prendas hermosas, tan desatendidas en la existencia, han alcanzado su merecido con la muerte! ¡sirva aquesto de consuelo allá en la gloria al varon ilustre á quien lloramos!

Con religioso silencio, salvo algun viva, que no aprobamos, porque en las circunstancias en que Madrid se encuentra, aquel es mas significativo, partió el carro fúnebre á las cuatro y media de la tarde, de la casa que habitaba el difunto en la calle de Cantarranas; el cortejo era tan numeroso, que habiendo tomado la calle del Prado, del Príncipe, Carrera de san Gerónimo, calle Mayor, la plaza de la Constitucion y calle de Atocha; cuando el cadáver era introducido por esta puerta, las calles ya nombradas estaban enteramente ocupadas por el acompañamiento. Contamos ademas sesenta y tantos coches, entre ellos los de los embajadores de Inglaterra y Portugal, y ciertamente que hizo grave impresion en nuestra alma no ver ninguno de la casa real.

La circunstancia de ser dia festivo y de estar la tarde bastante apacible, parecía natural que hubiera distraído al pueblo de Madrid de tan fúnebre objeto, pero no fué así y los festejos de la corte en la tarde del lunes, se convirtieron en ir á derramar una lágrima sobre la tumba del malogrado Argüelles. Llevaban las cintas que pendian del féretro los señores Lujan, Sagasti, Feliu, Velasco, Alonso, y Angulo, y se observaba detrás inmediato al carro y haciendo el duelo á los señores don José de Calatrava, don Angel Fernandez de los Rios y don Pio Laborda. Entre las personas que formaban aquel acompañamiento percibimos varias notables tanto del partido moderado como del progresista.

El mas profundo sentimiento se retrataba en el semblante de todos y era bien singular el contraste que esto formaba, con la sencillez y el escaso aparato con que eran conducidos al sepulcro aquellos restos tan queridos.

Llegado que hubo al campo-santo antes mencionado y luego que se colocó el cadáver en el centro del primer parterre, se pronunciaron varios discursos y leyeron algunas composiciones en loor á la memoria de tan esclarecido patricio: las mas notables fueron las de los señores Lujan y Corradi y los versos de los hermanos Asquerinos: las buenas prendas, el desinterés, el patriotismo, la honradez, las virtudes todas que profesaba en alto grado el señor Argüelles, fueron el objeto de cuanto allí se dijo: las lágrimas corrían insensiblemente por todos los semblantes: el llanto embargaba la voz de los oradores y el mas profundo sentimiento se mostraba á cada instante.

¡Quiera el cielo que el hombre á quien hoy lloramos, por quien pedimos á Dios le recoja en su mansion eterna, tenga muchos imitadores en esta infortunada vida! y si algo queda á los mortales que hacer por quien ya «no es,» nosotros, jóvenes, pero amantes de las glorias de nuestra patria, pedimos á cuantos piensen como nosotros un recuerdo á tantos sacrificios. Las cenizas de un hombre como Argüelles bien merecen un sepulcro á parte. Las cenizas de quien tan distinto fue de los demas bien merecen esta distincion. La patria agradecida era quien debía hacer tan escaso sacrificio, pero ya que ella no, hagámoslo, los que conocemos que así debía hacerse: los apasionados de Argüelles.

No hacemos mas que enunciar aqui la idea de una suscripcion con tan plausible objeto, estando como estamos dispuestos á desarrollarla.

J. P. C.



GALERIA DE HOMBRES CELEBRES CONTEMPORANEOS.

BIOGRAFIA DE DON AGUSTIN ARGUELLES Y SU RETRATO.

Se halla de venta en la librería de Boix calle de Carretas, á 6 reales rústica.

TEATROS.

Hoy no hay funciones.

IMPRENTA DE BOIX.